

que hubiese delante de mí un millon de doctores, de sábios, que negaran la existencia de la fé, de esta luz superior; me contentaria con abrir los ojos del alma que Dios me ha dado, con gozar el placer, los esplendores, las esperanzas de la fé, y tambien seria feliz.

Decíamos, que la incredulidad nada prueba contra la fé; y ahora añadimos: que prueba mucho en su favor, puesto que nada puede contra ella. Y con todo, en el campo de los incrédulos hay inteligencias elevadas, razones desarrolladas por la ciencia. Ahora bien, hermanos míos: ¿qué han producido todas las fuerzas conjuradas de la ciencia, del talento, del génio? ¿Han llegado los sudores del génio á hacer retroceder, solo á oscurecer una sola de nuestras verdades, uno solo de nuestros dogmas? ¡Oh! yo contemplo con placer y delicia ese campo de batalla, en el cual veo los restos de tantas potencias del espíritu; y, espectadores de esa gran lucha, apenas necesitamos tirar de la espada contra el sistema que nos han opuesto; nosotros permanecemos espectadores; dejamos al sistema de mañana, el cuidado de triunfar del sistema de hoy; la victoria nunca se ha hecho esperar; y siempre el sábio del dia siguiente ha venido á confundir al sábio que le ha precedido. Pues bien! todos esos sistemas, destruyéndose, prevaleciendo unos contra otros, ¿no os prueban, que lo que constituye su fondo es la duda? La duda es, por tanto, el último resultado obtenido por la ciencia incrédula. ¿Y es la duda, hermanos míos, el estado natural de una inteligencia creada para la verdad? ¿La duda! ¿acaso nos envió Dios á este mundo para dudar? ¿No se condena la inteligencia que duda á una eterna impotencia? ¿Qué es la vida? una afirmacion continua. ¿Cómo! dudar entre la vida y la muerte, entre la nada y la eternidad; dudar entre el premio y el castigo; dudar... ¿es vivir? Nó; nosotros necesitamos una doctrina, necesitamos las alas y la luz de la verdad; y si la incredulidad no alcanza más que la duda, muestra á lo ménos de un modo irrefragable, que es esencialmente falsa, antinatural, y, por consiguiente, que la fé es forzosamente verdadera, como necesidad de nuestra naturaleza.

La incredulidad ofrece tambien una prueba en favor de la fé, con el celo mismo que muestra en comunicarse, en difundirse. Así es, que á nadie se le oculta, que la incredulidad se agita por un movimiento de proselitismo, muy singular para no indagar la causa. Que la verdad procure comunicarse, lo concibo, hermanos míos; pues, contento con las seguridades, con las luces y esperanzas que le da, el hombre quiere comunicarlas á sus hermanos. Es un movimiento de amor, como decíamos ahora mismo. Nosotros, que poseemos la fé, y hemos recibido la mision de enseñar, nos esforzamos para inocular la espe-

ranza y la paz en los corazones. Mas ¿quién tiene derecho á traerlos los sufrimientos y el vacío de la duda? ¡Pues qué! al ver que los pobres criados, que los pobres obreros, que el pobre pueblo, se consuela con sus sudores, con sus trabajos, con sus sufrimientos, con las esperanzas del cielo que la fé le prepara; ¡vendrán los incrédulos, á arrebatarle la esperanza del único bien que posee en este mundo! ¿No rechaza la sociedad humana ese celo, que desposee á las inteligencias, á los corazones, de las esperanzas y consuelos que son toda su riqueza?

Por consiguiente, lo que impulsa al incrédulo y le inspira el espíritu de proselitismo, no es un movimiento de amor. Y no siendo el amor, sin duda es el odio. Tal vez se diga: Esa fé es un error, una ilusion, que queremos destruir. Y ¡qué importa! aunque nuestra fé fuese una ilusion, aunque no fuese más que un mero ensueño, si esta ilusion nos consuela, y este ensueño nos dá esperanzas, una felicidad presente, ¿con qué derecho venís á quitarnos este ensueño y esta ilusion? ¡Oh! os lo suplico, nunca destruyais, si al mismo tiempo no podeis edificar. Y ¿cuál es el motivo del odio del incrédulo á la fé? Solo puede haber uno, hermanos míos; es el testimonio que ofrece ese celo contra la fé; el testimonio de una conciencia, que halla demasiada certeza en esta verdad; en esta fé, que ya casi no le deja asi-lo contra sí misma y contra sus errores.

El hombre, atraído al cielo, lo es tambien á la tierra. De aquí la lucha que sentimos en nuestro interior. Dentro de nosotros hay constantemente dos movimientos contrarios: hay un movimiento de amor, que nos lleva á Dios; y un movimiento de egoismo, que tiende á mantenernos en nosotros mismos. Hé ahí la lucha. Y cuando ciertos talentos han elevado sus ideas por un movimiento de orgullo, no quieren ya someterse á la autoridad que viene de arriba. Han creído descubrir la verdad; y cuando la piedra de toque de nuestro dogma, de la enseñanza divina, demuestra la falsedad, la nada de sus sistemas, esos hombres rechazan la fé ántes que sus errores.

Ahora, hermanos míos, gocemos de la luz de la fé, la cual nos conduce á nuestros inmortales destinos; esta luz nos pone en relacion con el cielo. Dios nos ha dado el sentido de la vista, para contemplar el espectáculo de la naturaleza; y ha puesto tambien en el fondo de nuestro corazón una segunda vista, para contemplar el mundo superior y las esperanzas que en él nos están reservadas. Abramos, pues, los ojos de la fé; volvamos sin cesar nuestras miradas al cielo; vivamos siempre con las ideas de fé, y ésta se desarrollará en nosotros, y cada dia se fortalecerá: la luz nos vendrá más directa, más viva. Sobre todo, preparad vuestro corazón para ver esta eterna luz, pues está

dicho: Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán á Dios. Para ver á Dios en los esplendores de la fé, es menester, ante todo, un corazón puro; es menester, que las pasiones no vengán con sus nubes á interceptarnos las verdades que la fé nos propone. Purifiquemos nuestros corazones para merecer, que nuestra esperanza se convierta en posesión, y que el objeto de nuestra fé se muestre claramente para nosotros en el cielo.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

INCRÉDULIDAD.—El incrédulo no atiende las palabras de los hombres sencillos.

El incrédulo se hace sordo á la voz de los milagros.

El incrédulo persigue á los que rinden testimonio á la verdad.

INCRÉDULIDAD.—Es difícil vencerla, cuando proviene de la preocupación.

Es peligroso intentar remediarla, cuando va acompañada de un falso celo.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Pedes sanctorum suorum servabit, et impii in tenebris conticescent. I Reg. II, 9.

El dirigirá todos los pasos de sus santos: mas, los impíos serán por él reducidos á silencio en medio de tinieblas.

Qui oderunt te, induentur confusione; et tabernaculum impiorum non subsistet. Job. VIII, 22.

Los que te aborrecen (Señor) serán cubiertos de confusión; y no quedará en pie la casa de los impíos.

Et si impius fuero, vae mihi est. Idem. X, 15.

Que si yo fuere un impío ¡ay desdichado de mí!

Beatus vir, qui non abiit in consilio impiorum. Psal. I, 1.

Dichoso aquel varón, que no se deja llevar de los consejos de los malos.

Ne delecteris in semitis impiorum, nec tibi placeat malorum via. Prov. IV, 14.

No te aficiones á los caminos de los impíos; ni te agrade la senda de los malvados.

Impius, cum in profundum venerit peccatorum, contemnit. Idem. XVIII, 5.

De nada hace ya caso el impío, cuando ha caído en el abismo de los pecados.

Ventum seminabunt (impii), et turbinem metent. Osee VIII, 7.

Sembrarán viento (los impíos) y recogerán torbellinos para su ruina.

Qui incredulus est, non erit recta anima ejus in semetipso. Habac. II, 4.

El que es incrédulo no tiene dentro de sí una alma justa.

Quia vidisti me, Thoma, credidisti; beati qui non viderunt, et crediderunt. Joann. XX, 29.

Tú has creído ¡oh Tomás! porque me has visto: bienaventurados aquellos que sin haberme visto han creído.

Revelatur enim ira Dei de caelo super omnem impietatem et injustitiam hominum eorum, qui veritatem Dei in injustitia detinent. Rom. I, 18.

Se descubre también en él la ira de Dios, que descargará del cielo sobre toda la impiedad é injusticia de aquellos hombres, que tienen aprisionada injustamente la verdad de Dios.

In novissimis diebus instabunt tempora periculosa; erunt homines seipsos amantes, cupidí, elatí, superbi, blasphemí, parentibus non obedientes, ingrati, scelesti, sine affectione, sine pace, criminatores, incontinentes, immites, sine benignitate, proditores, protervi, tumidi, et voluptatum amatores magis quam Dei... semper discentes, et nunquam ad scientiam veritatis pervenientes. II Timoth. III, 1, 2, 3, 4, et 7.

En los días postreros sobrevendrán tiempos peligrosos: levantaránse hombres amadores ó pagados de sí mismos, codiciosos, altaneros, soberbios, blasfemos, desobedientes á sus padres, ingratos, facinerosos, desnaturalizados, implacables, calumniadores, disolutos, fieros, inhumanos, traidores, protervos, hinchados, y más amadores de deleites que de Dios... siempre aprendiendo y jamás arriban al conocimiento de la verdad.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Increduli audacia verborum, terrenis armis contra caelestia dimicant... prudentes se dicere non erubescunt, quasi humana

Los incrédulos pelean contra el cielo con armas del mundo y con su osada palabrería... no se avergüenzan de llamarse ilustrados,

sapientia Dei sapientiam superaverit. S. Ambros. in cap. 5 Ep. ad Rom.

Non capiunt fidei magnitudinem angusta impiorum peccatorum. Idem de Spiritu Sancto, lib. 5, cap. 18.

Quomodo credidissent philosophi, ni rei, quæ non videbatur eidenter, miracula fecissent fidem. S. Aug. lib. 22 de civit. Dei, cap. 7.

Non licet in fide putare, vel disputare pro libito; non hac illacque vagari per inania opinionum, per devia errorum...; aliquid tibi certum fixumque præfigitur; nisi certis clauderis finibus, limitibusque coartaris. S. Bernard. contra Abailard.

Magna insania Evangelio non credere, cujus veritatem sanguis martyrum clamat, apostolicæ resonant voces, prodigia probant, ratio confirmat, elementa loquuntur, dæmones confitentur: sed longe major insania si de veritate Evangelii non dubites, viveres tamen quasi de ejus falsitate non dubitares. Picus Mirand. Epist. 2.

Domine, si quod credimus error est, à te decepti sumus; nam ea quæ credimus, confirmata signis et prodigiis fuere, quæ non nisi per te facta sunt. Richard. á S. Vict. lib. 2 de Trin. c. 2.

Véase: DUDAS EN MATERIA DE RELIGION.

como si la ciencia humana fuese superior á la divina.

El corazon mezquino de los impíos no comprende ni abarca toda la majestad y grandeza de la fé.

¿Cómo habrian creído en la religion los filósofos, si los milagros no hubieran confirmado misterios que eran muy ocultos?

En materias de fé, no es lícito pensar ó disputar libremente, ni aventurarse á vanas opiniones ni arrojar al campo de los errores, ora en un sentido, ora en otro... porque siempre se nos proponen principios ciertos y fijos: á no ser que nos propusiéramos ciertos límites, y nos encerráramos en un círculo prudente.

Es gran locura no creer en el Evangelio, cuya verdad la encarece la sangre de los mártires, la anuncian los apóstoles, la prueban los milagros, la razon la confirma, la declaran los elementos y la confiesan los demonios: pero aún sería mayor locura no dudar de la verdad del Evangelio, y vivir como si estuviéramos ciertos de su falsedad.

Señor, si fuera falso lo que creemos, tú nos habrias engañado; puesto que todo cuanto creemos, ha sido confirmado con prodigios y milagros, que tú solo puedes obrar.

INDIFERENCIA RELIGIOSA.

I.

Gloria in confusione ipsorum, qui terrena sapiunt.

Hacen gala de lo que es su desdoro y confusión, aferrados á las cosas terrenas.

(PHILIP III, 49.)

Cada siglo tiene su plan de ataque contra la verdad, la cual está destinada á ser siempre combatida y á triunfar siempre. La persecucion, la herejía, la ignorancia, la calumnia, el poder secular, una filosofia del todo humana, la incredulidad, en fin; han sido los principales enemigos que, hasta el último siglo, pusieron alternativamente á prueba la paciencia de la Iglesia, é hicieron resplandecer con el mayor brillo su santidad, su poder y su gloria.

En el siglo actual, el error ha cambiado de nombre y de sistema de ataque. Llámase indiferencia; y en vez de proferir grandes gritos y hacer amenazas terribles como un pueblo bárbaro, que corre á la pelea, pretende, con su afectada moderacion, recoger más seguramente la herencia de la incredulidad ruidosa del último siglo. Pero, la indiferencia no ha podido ocultar tan bien sus funestas tendencias, que los centinelas avanzados del catolicismo no hayan dado, hace ya tiempo, la voz de alarma, y descubierto sus hipócritas designios.

La indiferencia en materia de religion es la llaga más repugnante de los tiempos modernos; es el azote y escándalo de la sociedad: enfermedad vergonzosa, que envenena sordamente en su manantial los principios de la vida de las naciones, amenaza viciar á la vez todo el cuerpo social, y parece preparar á la Iglesia de Jesucristo el ataque más general y más difícil, tal vez, de que ha tenido que triunfar desde su nacimiento. Diríase, que hoy, los falsos sábios, sucesores de los que en todos los siglos han combatido contra la verdadera sabiduría de Dios, se han cansado, en fin, de suscitarse dificultades y multiplicar sus argumentos y calumnias contra las verdades, que son el fundamento de la fé. Han venido á estrellarse tantas veces contra la piedra